

Desde el primer día comprendí que aquella mujer tenía un poder sobre mí, el poder de leer mis pensamientos. Esperaba el pedido en una de las mesas cercanas a la entrada, al lado de la puerta decorada con vidrios de colores que a través del neón reflejan de un modo teatral el rojo de las sillas plásticas. El Pretty China estaba casi vacío porque era muy temprano, quizá las seis y media o las siete, cuando la vi sentada en la barra. El mesonero, un chino con aire neopunketo que habla muy poco español, por no decir nada, me entregó la comida para llevar y Elvira Madigan se acercó a mí.

-Lamento mucho lo ocurrido.

Di las gracias y me levanté con mi paquete de pollo al jengibre y sopa wanton.

-Yo conocí a Andrés y lamento que terminara así, no se lo merecía.

Le dije que de nuevo se lo agradecía y que nadie merece nada, si uno se pone a ver. No me sentía con ganas de establecer contacto con más personas. Primero, creo tener bastante completa la lista de mis amistades y conocidos, y segundo, lo ocurrido era en ese momento, y lo sigue siendo, un cambio de tuerca en mi vida y en la de todos. Algo liviano y amable se había enterrado para siempre con él.

No insistió. Era más que obvia mi falta de sociabilidad, y regresó a la barra. Yo salí del Pretty China pensando que nunca la volvería a ver.

Al día siguiente mi hermana Verónica me preguntó si yo conocía a Elvira Madigan.

- No me suena -le dije.

- Fui a la farmacia a comprar las pastillas para dormir de mamá y me la encontré, se presentó como una amiga de Andrés.

- Es posible, ¿cómo vamos a saber los nombres de todas las personas que fueron amigas de Andrés?

- Es una mujer mayor, no parece como una amiga. ¿Sería una profesora?

Hizo una descripción que me hizo pensar en la mujer del Pretty China pero la descarté.

- No tiene importancia -le contesté a Verónica -. Supongo que cuando alguien muere empiezan a aparecer personas que lo conocían.

- Me preguntó si podía venir un día a visitarnos.

- Espero que le hayas dicho que no.

- Le dije que había unas misas y que no recibíamos visitas.

Las misas por el alma de Andrés terminaron y Elvira Madigan nunca apareció. La vida comenzó a recuperar la rutina, papá volvió a su oficina, mamá a la suya, Verónica al colegio, y yo a mi tesis de doctorado. La única novedad fue que compramos un perro. La idea había sido del psiquiatra que trataba a mamá. Dijo que necesitaba una presencia viva. Sin embargo estaba equivocado. Verónica y su novio escogieron un labrador, papá lo sacaba a pasear y a mí me encargaron las visitas al veterinario. Mamá no llegó a aprenderse su nombre y lo regalamos a los pocos días, no somos una familia a quien le gusten los animales. Antes de que nos desprendiéramos de él, lo llevé a vacunar. Es demasiado sorprendente lo ocurrido para creer en la casualidad. Salía del veterinario forcejeando porque la inyección lo había dejado muy inquieto. No quería montarse en el automóvil y yo luchaba para que lo hiciera, molesta de verme sometida a aquella tontería por culpa de un psiquiatra banal. De pronto una mano sostuvo la puerta que el perro empujaba con las patas. La mano de Elvira Madigan.

- Qué fuerte es -dijo.

Metí al animal casi que a patadas y me la quedé viendo. La había reconocido pero no quise dárselo a entender. Era la mujer del Pretty China.

- Andrés adoraba los perros -comentó.

Me senté al volante y le di las gracias pero no respondí a su comentario. Arranqué y maldije una vez más al psiquiatra.

Estaba preocupada. Se habían producido ya tres encuentros con una persona desconocida que espiaba nuestros pasos, evidentemente me había seguido al restaurante y al veterinario, y a Verónica a la farmacia. Pensé que de la misma manera podía buscarme en otros sitios, y si el asunto continuaba tendría que hablar con mis padres. Quizás era una mujer que pensaba reclamar algo, decir que Andrés le debía dinero o que había embarazado a su hija. Me recliné a mí misma un pensamiento tan machista pero no estaba dispuesta a permitir que una intrusa viniese a complicar más nuestros estados de ánimo. Era suficiente con lo ocurrido. Por otra parte, a Andrés nunca le gustaron mucho los perros. Aquel comentario me había sonado profundamente agresivo, como si quisiera decirme que conocía mejor que yo el mundo privado de mi hermano. Jamás pidió una mascota como hacen la mayoría de los niños, nunca tuvo un gesto que denotase amor por los animales y no recuerdo que en mi casa se hablara de tener uno hasta que aquel doctor lo había sugerido. Creo estar razonablemente segura de que Andrés no era un fanático de los perros. ¿Por qué aquella mujer se sentía en el derecho de afirmarlo? ¿Para hacerme sentir que su relación con él había sido íntima, muy íntima, quizá? Andrés tenía veinte años, Elvira Madigan aparentaba unos cuarenta largos bien llevados. Amante o no, estaba resuelta a olvidar a Elvira Madigan y a que Elvira Madigan nos olvidase a nosotros. De modo que decidí que si se presentaba una próxima oportunidad no dejaría pasar las cosas.

Tuvo lugar de nuevo en el Pretty China. Fuimos a almorzar los cinco, mis padres, Verónica, su novio, y yo. Cuando estábamos terminando se acercó a nosotros. No sé si estaba desde antes o había llegado en ese momento, en todo caso no la había visto. Con gran naturalidad nos saludó a todos diciendo que había sido una gran amiga de Andrés. Mis padres la recibieron con mucha cordialidad. Supongo que les parecía recobrar algo de él. Verónica y su novio correspondieron amablemente y yo intenté simular lo mismo. Nos levantamos para irnos y ella volvió a su mesa. Fingí que había olvidado algo y volví a entrar.

- Usted nos está siguiendo. Por razones que ignoro y que tampoco quiero saber. Trate de no hacerlo más.

- Sólo quiero ayudar.

- Se lo agradecemos mucho pero la verdad es que no hay nada en que pueda ayudarnos. Andrés está muerto y eso es todo. No hay nada más que hacer.

- Sí lo hay y usted lo sabe. Usted no duerme pensando en las razones por las cuales un joven feliz pudo decidir terminar su vida a los veinte años. Ese pensamiento no la deja en paz ni la dejará por el resto de sus días.

- ¿Es psiquiatra?

- Así es. La puedo ayudar a averiguar porqué Andrés hizo lo que hizo. Esa verdad la calmará a usted y a todos.

En ese momento mi padre asomó la cabeza por la puerta y me indicó con su gesto que me estaban esperando.

- Volveré a entrar en contacto en un momento más apropiado -dijo.

Era cierto, absolutamente cierto el tormento que ella había descrito. Todavía me despertaba con su cuerpo estampado contra el pavimento, la última imagen porque su rostro quedó tan desfigurado que la urna permaneció tapada durante el velorio. Todos lo sentíamos aunque no lo hablásemos. Verónica y yo lo habíamos intentado entre nosotras sin llegar a nada. Con papá y mamá prefería evitarlo. Decidimos referirnos a su muerte como “lo ocurrido”, y dentro de esa palabra estaba todo comprendido. Salí del Pretty China confundida. Algo en mí deseaba, a la vez que rechazaba, que Elvira Madigan reapareciera, pero pasaron varios días sin que lo hiciese y empecé a suponer que había olvidado su promesa. Decidí quitarme el luto y no seguir pensando en las razones de Andrés. Ignorarlas era parte del sufrimiento, saberlas no lo devolvería. Mi tesis avanzaba bien, mamá dio algunas señales de recuperación y volvió a la peluquería para hacerse el tinte y un nuevo corte, papá dejó de emborracharse todas las noches y Verónica tímidamente se atrevió a decir que quería invitar a unos amigos para celebrar su cumpleaños. Estuvimos de acuerdo. Cumplía dieciocho y era una gran alegría para todos. Quería decir que la familia seguía viva.

- Ella va a venir también -me confesó antes de que llegasen los invitados.

- ¿Quién es ella?

- Elvira, Elvira Madigan.

- ¿Qué tiene que ver esa mujer con tus amigos?-. Estaba furiosa con Verónica.

- Nos la encontramos en el automercado. Me preguntó qué hacíamos y le dije que estábamos comprando unas cosas para mi cumpleaños.

- ¿Y ella dijo que le gustaría venir?

- No, no dijo nada. A mí me lo pareció, pensé que a papá y mamá les alegraría conversar con ella.

- Francamente, Verónica...- no podía ocultar la rabia que sentía.

- ¿Qué tienes en contra de ella?

- ¿Qué tienes a favor de ella?

- Creo que a mamá y papá les gustó conocerla el día que la encontramos en el Pretty China. Por eso le dije que viniera, tampoco estoy segura de que venga, lo dije así, casual, si quieres pasa por allá. Lo más probable es que no lo haga.

- Lo más probable es que lo haga -contesté, y no me equivoqué.

Era domingo y la reunión terminó temprano. Los amigos de Verónica tuvieron mucho tacto en no darle al momento un carácter de fiesta sino de encuentro. Brindamos por Verónica, por su próxima graduación de bachillerato, conversamos de temas sin importancia. Los invitados estaban por irse cuando Elvira Madigan tocó el timbre y entró con un regalo para Verónica; yo me fui a mi cuarto y la dejé con mis padres. Al día siguiente los dos comentaron que se habían sentido muy acompañados por ella, era fácil ver que había tenido mucho cariño por Andrés y ese tipo de presencias era reconfortante, razón por la cual la habían invitado el domingo siguiente a almorzar. No salía de mi asombro ante la habilidad de aquella mujer. Esa mañana anuncié que mi tutor de tesis era un loco furioso que me obligaba a reunirme con él los fines de semana y no estaría de regreso hasta la noche.

Cuando volví, pasadas las diez, mamá estaba en su cuarto leyendo. La noté más animada, no la había vuelto a ver con un libro en la mano. El libro era un regalo de Elvira Madigan, una novela que mamá juzgó “muy entretenida”. Me sentía francamente celosa. Nunca había logrado que mi madre leyese con entusiasmo ningún libro recomendado por mí y había decidido no hacerlo más. Vi el libro, *Malena de cinco mundos*, probablemente con un gesto despreciativo que mamá agarró al vuelo.

-No es el tipo de libro que tú lees, pero es muy entretenido. La autora fue psicoanalizada por Elvira; es una mujer muy inteligente, sabes, y lamento que no hayas estado para hablar con ella.

Me pareció entender que no había creído que estaba con mi tutor.

- Otra vez será.

- Opina que en un caso como el nuestro la familia necesita ayuda. Le dije que yo había estado en tratamiento y le pareció muy adecuado. ¿No te parece que te haría bien? Profesionalmente, quiero decir.

- No creo.

-A tu papá le gustó mucho conversar con ella. Pasamos el día muy serenos. Como si Andrés quisiera que la conociéramos, que la tratásemos. Sentía la presencia de Andrés mientras ella estaba aquí.

He escuchado decir que las personas que tienen una pérdida tan brutal como la nuestra desarrollan a veces un pensamiento esotérico buscando un consuelo en el más allá. Me lo explicó alguien a quien le ocurrió una circunstancia similar, de modo que no quise discutirle nada a mi madre y le dije que estaba cansada y que me iba a dormir. Verdaderamente estaba agotada. Había pasado todo el día dando vueltas por la ciudad visitando exposiciones de arte que no me interesaban y paseando por nuevas urbanizaciones que no quería conocer. Finalmente me había refugiado en un *lounge* de moda donde coincidí con algunos amigos que no veía hacía tiempo y que tampoco tenía ganas de ver. Me acosté pero no podía dormir. El reloj me mortificaba enseñándome constantemente la hora y diciéndome cuán estropeada estaría al día siguiente cuando verdaderamente tenía una cita con mi tutor.

El viernes a mediodía estaba de nuevo en el Pretty China esperando la comida para llevar que me había encargado papá, y vi a Elvira Madigan retirando su paquete.

- Usted también es cliente de los chinos -dije.

- No me llames de usted, no soy tan anciana.

La llamaba de usted para marcar distancia, era una mujer que de pronto me pareció con menos edad que otras veces.

- ¿Siempre vienes aquí? -volví sobre el estúpido tema.

- Con frecuencia.

- Mis padres te han tomado mucha simpatía.

- Yo a ellos también, me duele mucho verlos así. Tú también estás muy dolida.

- Estoy devastada.

De pronto estaba confesando mi interior. No lo había hecho con nadie.

- Es devastador lo ocurrido -corroboró.

- ¿Y tú sabes por qué?

- No, no lo sé.

- Pero eso fue lo que dijiste. Que me ibas a decir por qué había ocurrido.

- Te dije que podría averiguarlo, no que lo supiera.

- Supongo que esto no es tema de investigación. Se tiró por la ventana una noche como cualquier otra.

- Siempre hay una razón para las cosas. Las personas no se suicidan casualmente, ni Andrés sufría trastornos mentales...

- Ni estaba borracho, ni estaba drogado. Ya esas hipótesis las hemos repasado mil veces.

- Si estás de acuerdo, podríamos ahondar más en las razones.

Entendí mal ese “acuerdo”.

- No dispongo de dinero para eso ni creo conveniente pedírselo a mis padres.

- Saltas muy rápido a las conclusiones. No he pedido ni tengo intenciones de pedir una tarifa profesional. Quiero decir si estás de acuerdo en profundizar en lo ocurrido. Es una circunstancia que deja tantas puertas abiertas a la imaginación. Tus padres están demasiado destruidos y Verónica es muy joven. ¿Tienes a alguien? ¿Una pareja?

Me sentí yo misma como objeto de la investigación.

- Pensé que el tema era Andrés, no yo.

- Tú eres parte de Andrés, ¿no?

Sí, yo era parte de Andrés. Yo había tenido con mi hermano una relación sexual y aquella mujer lo había descubierto. En sus ojos vi que lo sabía.

- Tuve un novio con el que pensaba casarme pero el asunto terminó y decidí dejar ese tipo de proyecto más o menos totalitario que es el matrimonio, la verdad es que tampoco he encontrado a nadie con ganas de proponérmelo.

- Lo que quería saber es si en tu vida hay alguna persona íntimamente relacionada, porque en ese caso tendríamos que incluirla.

- No, no la hay.

Estaba segura de que adivinaba mis mentiras. Conocía mi automóvil, me había seguido al Pretty China, al veterinario, y probablemente a un montón de sitios más; había seguido a mi hermana a la farmacia y al automercado, le regalaba libros a mi madre. Estaba demasiado adentro como para que ignorara mis relaciones.

- ¿Tengo derecho a alguna pregunta?

- Por supuesto -dijo Elvira Madigan.

- Si no es por dinero, ¿cuál es la razón que tienes para meterte en esto? Nunca he sabido de un psiquiatra que trabaje sin cobrar.

- Me gusta encontrar la verdad. La verdad merece algún lugar en el mundo. La muerte de Andrés, así como está, queda incompleta. No estuve enamorada de él, por si acaso se te había ocurrido, y no me debía nada. Ni dejó embarazada a mi hija.

Me quedé mirándola sin decir nada. Sabía todo lo que había pensado de ella.

- Te extraña, piensas que estoy loca. Lo comprendo. El mundo está tan dislocado que si alguien quiere llegar a la verdad es considerado loco. La cordura consiste en aceptar cualquier sinsentido.

- No pienso eso pero si me pidieras dinero a cambio me quedaría más tranquila.

- Haces bien en dudar de la filantropía. Ocurre que estoy trabajando en un estudio sobre el suicidio y es muy difícil conseguir familias que se presten a ello. La mayoría de las personas tiene muchos prejuicios al respecto. Necesito ampliar mi casuística, de lo contrario todo el trabajo estará perdido. En mi país les gustan las investigaciones con datos, estadísticas y esas cosas. Hay una beca en juego.

- Hablas muy buen español.

-He vivido en muchos países de América Latina y aquí llevo ya un montón de años. Pero estoy cansada, quiero volver a Canadá. Solicité una beca para este proyecto de investigación y poder vivir durante un cierto tiempo sin pacientes. Bueno, te estoy contando mi vida que probablemente no te interesa para nada.

Me dio su tarjeta y se despidió.

- Si decides algo, llámame. Te estaré esperando.

Así quedó sellado mi pacto con Elvira Madigan.